

El siglo XIX colombiano en el diario (1867-1869) de Margarita Caro Tobar. ¿Un caso de “censura” editorial y emocional?^{1,2}

The Colombian 19th Century in the Diary (1867-1869) of Margarita Caro Tobar.
A Case of Editorial and Emotional “Censorship”?

PAULA ANDREA MARIN COLORADO

Universidad de Antioquia

Colombia

paulanmc@gmail.com

(Recibido: 07-11-2024;
aceptado: 15-02-2025)

Resumen. El diario de Margarita Caro (Bogotá, 1848-1925) ha sido publicado en Bogotá, en 1942 (editorial Antena) y en 1953 (editorial del Instituto Caro y Cuervo), como parte del libro *Los Caros en Colombia*, cuya edición estuvo bajo la coordinación de su hija Margarita Holguín y Caro. El archivo de la familia Holguín y Caro fue donado al Instituto Caro y Cuervo (Bogotá) en 1966 y se encuentra en la biblioteca de esta institución. Recientemente, hallé en este archivo la versión mecanografiada del diario. Al comparar este dactiloscrito con las dos versiones editadas del diario, identifiqué numerosas diferencias que incluyen elisión de información y de entradas completas del diario mecanografiado, adición y cambio de información en algunas entradas y cambios de fechas en otras. El objetivo de este artículo es analizar estas diferencias y comprender la mediación editorial realizada por Margarita Holguín en el diario de su madre (orientada por el cuidado de la imagen de su familia), así como la función que cumplió este diario en un trayecto de la vida de Margarita Caro, en el marco del siglo XIX colombiano.

Abstract. The diary of Margarita Caro (Bogotá, 1848-1925) was published in Bogotá in 1942 (Antena publishing house) and in 1953 (Instituto Caro y Cuervo publishing house), as part of the book *Los Caros in Colombia*, edited by her daughter Margarita Holguín y Caro. The archive of the Holguín y Caro family was donated to the Instituto Caro y Cuervo (Bogotá) in 1966 and is in the library of this institution. Recently, the typewritten version of the diary in this archive was found. When comparing this typewritten version with the two edited versions of the diary, numerous differences identified, included the omission of information and of complete entries from the typewritten diary, the addition and change of information in some entries, and changes of dates in others. This article aims to analyze these differences and understand the editorial mediation carried out by Margarita Holguín in her mother's diary (guided by the care of her family's image), as well as the role that this diary played in the life of Margarita Caro, within the framework of the 19th century in Colombia.

Palabras claves: *Diarios; siglo XIX; cultura escrita; mujeres; mediación editorial.*

Keywords: *Diaries; 19th century; written culture; women; editorial mediation.*

¹ Para citar este artículo: Marín Colorado, P. (2025). El siglo XIX colombiano en el diario (1867-1869) de Margarita Caro Tobar. ¿Un caso de “censura” editorial y emocional?. *Alabe* 32. DOI: 10.25115/alabe32.10241

² Este artículo es resultado del proyecto de investigación “Mujeres y cultura escrita en el siglo XIX colombiano: las escrituras personales de Margarita Caro Tobar (1848-1925) en el archivo de la Familia Holguín y Caro”, desarrollado gracias a la financiación del Fondo de Apoyo al Primer Proyecto de Profesores de la Universidad de Antioquia. Código SIIU 2024-69462.

Margarita Caro Tobar (su nombre de soltera hasta 1870), luego Margarita Caro de Holguín (Bogotá, 1848-1925), fue una mujer que perteneció a una de las familias más importantes de Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX, pues fue hija de uno de los fundadores del partido conservador colombiano (José Eusebio Caro), primera dama de la nación (esposa de Carlos Holguín, presidente del país entre 1888 y 1892), hermana de otro de los presidentes del país (Miguel Antonio Caro) y madre de políticos y diplomáticos (Hernando Holguín y Álvaro Holguín), de otra primera dama (Clemencia Holguín, casada con Roberto Urdaneta) y de la considerada como primera mujer artista profesional del país: Margarita Holguín y Caro (1875-1959). Fue esta última la encargada de editar el diario que su madre había llevado entre 1867 y 1869.

El diario ha sido publicado en dos ocasiones, junto con otros documentos de la familia Caro, en el libro *Los Caros en Colombia*: la primera, en 1942, por la editorial Antena (Bogotá), y la segunda ocasión en 1953, por el sello editorial del Instituto Caro y Cuervo (Bogotá). Recientemente, descubrí la versión mecanografiada de este diario en el Fondo Holguín y Caro (FHC), de la Biblioteca Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo (Bogotá); se trata de un dactiloscrito (mecanografiado en tinta de varios colores, de distinta calidad) de 60 hojas sin foliar ni catalogar, una copia apógrafa del diario que Margarita Caro llevó durante el período 1867-1869 (momento en el que formaliza su compromiso con quien será su esposo: Carlos Holguín Mallarino). Hasta la fecha de escritura de este texto (octubre de 2024), el diario editado de Margarita Caro Tobar solo ha sido tenido en cuenta como fuente (no como objeto) de dos investigaciones: un trabajo de pregrado inédito (Salazar, 2012) y un libro (Dueñas, 2014).

1. Margarita Holguín y Caro editora de Margarita Caro de Holguín:

Por los paratextos de las ediciones de *Los Caros en Colombia*, sabemos que Margarita Caro decidió conservar los documentos de su familia; la selección y ordenamiento de los documentos para la publicación del libro estuvo a cargo de Margarita Holguín. Sobre el diario, sabemos que le fue regalado por su hermano Miguel Antonio y que está conformado por tres cuadernos, dos de ellos escritos a lápiz; esto por algunas anotaciones a mano y en lápiz que aparecen en el dactiloscrito.³ Si bien he identificado un sello con las iniciales JH (¿Julia Holguín, hermana de Margarita?) en una de las hojas, así como la letra de Margarita Holguín (de quien hay varias cartas en el FHC) en anotaciones a mano y en tinta verde (en pluma estilográfica) que aparecen en las dos primeras hojas del dactiloscrito y que luego serán incluidas en la versión impresa como notas al pie y como adiciones al texto, no me ha sido posible determinar quién transcribió el diario manuscrito ni qué sucedió con él, pues no lo he hallado en ninguna de las 51 cajas del FHC. También debo anotar que el diario publicado comprende el período 1867-1869, mientras que el dacti-

³ Margarita Caro alude a su diario a veces como “cuaderno” y otras como “cartera” o “carterita”, quizá refiriéndose a un posible envoltorio en cuero, en forma de cartera de mano, que solía usarse en la época para proteger, guardar y transportar los cuadernillos.

loscrito solo registra los años 1867 y 1868. Sin embargo, por las cartas que he revisado de Margarita Caro a su hermano Eusebio durante el año 1869 (Caja 1, FHC), puedo afirmar que la información que aparece en el diario publicado, correspondiente a este último año, es coherente con la que aparece en las cartas.

Cuando hice la comparación entre las dos ediciones del diario y el dactiloscrito, saltaron a la vista diferencias en muchos apartados que no fueron incluidos en las ediciones, otros que fueron modificados y otros más que fueron cambiados de fecha. En el dactiloscrito, aparecen párrafos y entradas completas tachadas con una “X” trazada a lápiz (o con líneas horizontales sobre las letras, en algunas ocasiones). Con excepción de una, estas entradas y párrafos no hicieron parte de la edición de 1942; algunas de ellas sí de la de 1953. Hay seguridad en el hecho de que Margarita Holguín supervisó la edición del libro en 1942, pero no la de 1953, si tenemos en cuenta su avanzada edad para ese momento. Lo que me interesa aquí es comprender las decisiones de Margarita Holguín como editora del diario de su madre. Si en un primer momento concebí estas decisiones como un acto de censura frente a la expresión de Margarita Caro de ciertas emociones asociadas a la angustia, la tristeza, el deseo de morir y la falta de devoción cristiana, con el tiempo he comprendido que estas eliminaciones se refieren también a aspectos de la relación entre Margarita Caro y Carlos Holguín y, en mucha menor medida, a repeticiones que aparecen en el relato cotidiano de los días. Carlos Holguín (16 años mayor que Margarita) la había empezado a visitar a inicios de 1867. Si en un primer momento concebí el diario de Margarita Caro como una confesión de las angustias de una mujer que no logra percibirse como una buena cristiana, le debo a Margarita Valencia –coinvestigadora en el proyecto sobre este diario–, a nuestras conversaciones y lecturas compartidas, el descubrimiento de este diario como uno de amor, que empieza dos semanas antes de que Carlos Holguín comience sus visitas a la casa Caro Tobar (se lo había prometido a Margarita en un baile, la semana anterior) y termina algunos meses antes del matrimonio Holguín y Caro, que se llevó a cabo de 29 de junio de 1870.⁴

Las dos interpretaciones se cruzan, no obstante. La relación amorosa entre Margarita y Carlos pasó por varias etapas; la más larga de ellas fue la oposición de la familia Caro Tobar a la unión matrimonial, por la afición de Carlos al tresillo (un juego de cartas). Margarita Caro acudía a sus creencias católicas para refugiarse de las angustias que esta situación le provocaba; sin embargo, muchas veces la religión no era suficiente y pensaba en la muerte como la única manera de estar tranquila, ya que sabía que su familia no permitiría que se recluyera en un convento, tal como algunas veces lo deseó. Mi interpretación de las decisiones que Margarita Holguín tomó sobre la edición del relato de su madre es que tales decisiones tienen que ver con el cuidado de la imagen de la

⁴ Hay aquí una relación con el diario de Soledad Acosta (1853-1854), que también inicia cuando esta se compromete con José María Samper y finaliza poco tiempo antes de su matrimonio. Hasta aquí las semejanzas entre los dos diarios, porque, en el de Acosta, ella expresa mucho más abiertamente que Margarita Caro sus emociones y opiniones, especialmente, sobre la situación de la mujer en la época. Por otra parte, Acosta cuenta que tuvo la posibilidad de educarse en el credo católico y en el protestante, y sopesar cuál de los dos era más conveniente para ella; optó por el primero, por un convencimiento propio (Acosta, 2004: 503) y no por tradición familiar o por imposición. Carolina Alzate (2005, 2006, 2023) es quien más ha investigado sobre los diarios de Acosta.

relación de sus padres⁵ y de la de su madre, considerada como “un ejemplar acabado de la matrona cristiana” (Gómez Restrepo, 1925: 14) y cuya muerte significó el fin de “una época en Colombia” (Zuleta, 1925: 35). Si Margarita Caro decidió conservar la memoria de la familia Caro, tras su muerte, la custodia y heredera del archivo familiar fue Margarita Holguín (cuarta hija del matrimonio), quien fue la única de los nueve hijos del matrimonio Holguín y Caro que no se casó, que no tuvo descendencia, ni eligió la vía religiosa, como sí lo hizo su hermana María, al convertirse en monja católica. La edición realizada por Margarita Holguín confirma que las “memorias familiares [...] sirven para reproducir los esquemas de comportamiento. [...] El autor [editor] selecciona aquello que según su sistema de valores, contribuirá a crear el retrato que desea fijar. La identidad que se plasma es la imagen social aceptada” (Piñol, 2007: 69-70).

Aun leyendo la versión mecanografiada del diario, aquella que suponemos la copia “fiel” del manuscrito, el sentido no deja de ser ambivalente y esto se debe a que la escritura de Margarita es una “escritura cautelosa”, como la denominó Margarita Valencia en una de nuestras conversaciones sobre el diario. Margarita Caro elude decir completamente o directamente lo que quiere decir, como si todo el tiempo tuviera miedo de que alguien revisara lo que escribe. Este “alguien”, probablemente, era su madre: Blasina Tobar, viuda desde 1853 y a cargo de tres hijos: Miguel Antonio, Eusebio y Margarita.⁶ Tendemos a pensar que la escritura de los diarios es una escritura transparente y secreta, pero lo cierto es que en ellos “la expresión de sentimientos y emociones es extremadamente reservada” (Lejeune, 2009: 132), quizá porque, como lo afirma Mercedes Arriaga (2001), en la escritura femenina, como práctica que ha reproducido históricamente las estrategias de dominación de género, “el principio de valor del otro está presente, tanto bajo forma de autoridad (Dios, el juez, el confesor) como bajo forma de amor (el amante, el marido, el padre, el amigo)” (49). La escritura diarística era vigilada y controlada, por tratarse de una práctica escritural extendida en el siglo XIX entre las personas pertenecientes a las élites (políticas y letradas, en este caso), como formas de mejorar su escritura y de examinar su comportamiento físico y espiritual; de allí que el control y la vigilancia también se dé desde la autocensura.⁷

Pese a esta cautela escritural, he podido ubicar cinco momentos narrativos en el diario: las visitas de los primeros seis meses de Carlos Holguín a Margarita Caro; la declaración de amor de Carlos, la propuesta de matrimonio y la oposición de la familia;

⁵ En 1922, Margarita Holguín mandó a construir la capilla Santa María de los Ángeles, en Bogotá. Los restos mortales de sus padres se encuentran allí. Años después, el pintor Luis Caballero, sobrino nieto de Margarita Holguín, participaría en la restauración de las pinturas que hay en la capilla y que fueron hechas por su tía abuela. En 1948, Margarita Holguín donó la capilla a los padres agustinos, junto con un pequeño terreno para la casa parroquial. En 1953, fue erigida parroquia Santa Mónica.

⁶ José Eusebio Caro viaja a Estados Unidos en 1850, desterrado por persecución política de los liberales, específicamente por un enfrentamiento con José María Samper. Muere en 1853 en Santa Marta, de fiebre amarilla, tratando de regresar a Bogotá para encontrarse con su esposa e hijos.

⁷ En *Los Caros en Colombia*, también aparece el diario de Francisco Caro (bisabuelo de Margarita y primer Caro en llegar -procedente de España-, a Colombia) y de Rafael Caro (tío abuelo de Margarita). Es decir que, probablemente, ella sabía de la existencia de estos documentos, por hacer parte del archivo familiar que ella después conservó. Eran, pues, documentos leídos por los familiares; por lo tanto, Margarita sabía que su diario también podía ser leído, no solo por su madre, sino por toda la familia. Margarita, al igual que todas las personas que llevan un diario, era consciente del “valor de su labor” (Méndez, 2020, 17).

el aplazamiento de la respuesta por seis meses; la puesta a prueba (no jugar tresillo) de Margarita a Carlos por tres meses y la oposición de su tía Zoila Cabrera al matrimonio; la noticia sobre la ruina de la familia Caro Tobar⁸; el consejo de un sacerdote de que Margarita solo le hiciera caso a la opinión de su mamá, la negativa de Margarita a Carlos, por no ofender a su tía, el posterior arrepentimiento de Margarita y de su madre al ver el quebranto profundo de él, y la aceptación de Blasina del amor de Carlos por Margarita; las primeras visitas de Margarita a la familia Holguín, el viaje y apresamiento (por persecución política) de Carlos (perteneciente al partido conservador) y su salida de la cárcel.

El dactiloscrito registra los sucesos hasta la noticia sobre la ruina de la familia, a través de 150 entradas (102 correspondientes a 1867 y 48 a 1868). De estas 150 entradas hay 60 que no aparecen en ninguna de las dos ediciones del diario (un 40% del dactiloscrito) y otras 22 entradas que fueron omitidas de la edición de 1942 y fueron incluidas en la de 1953. En esas últimas 82 entradas y en otras 46 en las que se omitió parte de la información o se hicieron cambios (adición de palabras o cambio de fechas) me concentraré a continuación para tratar de comprender mejor cuáles fueron las decisiones y las posibles motivaciones de Margarita Holguín en el momento de editar el diario de su madre, es decir, cuál fue su “mediación editorial” (Pizarro, 2012: 16) en el momento de realizar el establecimiento del texto que se iba a publicar, más allá de entender que cualquier ejercicio de transcripción altera el texto original y que la fidelidad absoluta a ese primer texto es imposible (Pizarro, 2012). De las 82 entradas del diario referidas, 38 aparecen tachadas a lápiz en el dactiloscrito (todas fueron omitidas en la edición de 1942). En la edición de 1953, se recuperaron 9 de esas 38 entradas tachadas (de las 22 incluidas en total en esta nueva edición). Quiero referirme primero a esas 38 entradas, pues es donde podemos ver, más evidentemente, la mano de la editora del diario; ellas funcionan, además, como una sinécdoque de las demás entradas omitidas.

En las 38 entradas tachadas a lápiz en el dactiloscrito, las palabras que más se repiten son Dios, piedad, devoción, fervor, virtud, tristeza, sufrimiento, llanto, faltas, mal. Se trata, pues, de un campo semántico asociado a la religión católica y, en el caso de Margarita Caro, a la culpa, la percepción de no ser una buena cristiana (ella, que llegó a ser vista como el ejemplo de “matrona cristiana” para el país), de tener poca piedad, devoción, fervor, virtud, de estar llena de faltas y de estar inclinada al mal; en varias ocasiones, el sufrimiento llega a ser tan insoportable para Margarita que desea la muerte (para vivir tranquila en el otro mundo) y, en un par de ocasiones, su entrada en un convento, lugar que representaba, al mismo tiempo, el ideal de entrega a la piedad cristiana y el escape a todas las presiones sociales para una mujer de la clase social y edad de Margarita. La causa del sufrimiento se va aclarando luego de que Carlos Holguín hace su declaración de amor, a través de una carta, y mucho más luego de la propuesta formal de matrimonio.

⁸ La familia Caro Tobar vivía en casa de la familia Tobar Pinzón (allí nació Blasina). El padre de Blasina: Miguel Tobar Serrate, había muerto en 1861. Zoila Cabrera, hermana de Blasina, por parte de su mamá (Rosa Pinzón), era la encargada de la economía familiar. Margarita Caro se refiere a ella en el diario como “mi otra mamá”. Luego de la noticia del descalabro financiero de su “otra mamá”, Blasina le pide a Margarita que lleve los libros de cuentas (carta de Margarita Caro a Eusebio Caro del 27 de enero de 1869, Caja 1, FHC).

Si durante los primeros seis meses del diario, el sufrimiento está relacionado con la incertidumbre y la angustia que provoca en Margarita no tener seguridad sobre los sentimientos de Carlos hacia ella (lo que le impide, a su vez, expresar los suyos, según el protocolo de la época),⁹ luego de la declaración y de la propuesta matrimonial, el sufrimiento vendrá, además, acompañado de la angustia por la oposición de la familia a la unión. Adicionalmente, si durante los primeros seis meses, Margarita no esperaba (aunque lo anhelara) un trato especial de Carlos, luego de su declaración y propuesta, sufre porque lo siente frío durante la mayoría de sus encuentros, mientras en sus cartas se expresa de manera apasionada hacia ella. Este comportamiento no era (es) extraño para los hombres, pues para ellos “el dominio de las pasiones [era] un imperativo viril arrastrado del Antiguo Régimen, releído y reinventado en el siglo del progreso [el XIX]” (Sierra, 2015: 18), para diferenciarse de la mujer; mientras en el ámbito privado de las cartas, Carlos podía desplegar su emocionalidad, en el público, debía controlar la expresión de sus sentimientos.

Las creencias religiosas, que deberían funcionar para Margarita como un refugio de la crisis emocional que vivía, se vuelven insuficientes para resolver la situación, no porque no sea una buena cristiana, sino porque la solución está en manos de quien no sabe qué hacer (su madre Blasina) y esto aumenta la angustia y la presión para Margarita. Con 19 años, en la Colombia de la segunda mitad del siglo XIX y perteneciente a una familia de élite política conservadora y letrada, Margarita solo puede esperar que la voluntad para resolver la situación venga de Dios o de su madre, a falta de la presencia en casa de su padre José Eusebio. En otra de nuestras conversaciones sobre el diario, Margarita Valencia lo calificó como un “diario adolescente” y hay mucha razón en ello: se trata del diario de una muchacha que empieza a enamorarse de un hombre que ha comenzado a cortejarla, pero su familia demuestra animadversión hacia él; al final del segundo año del diario, Margarita se siente entre la espada y la pared: si no se casa con Carlos piensa que la única salida es “renunciar al mundo”, pues “después de tantas luchas y sacrificios no quedaría con fuerzas para nada en adelante”, y si se casa en contra de la voluntad de su familia no le faltarán “sinsabores y disgustos” (1 de noviembre de 1868).¹⁰ Si hoy esa adolescente podría refugiarse en su círculo de amistades, en sus estudios o en actos abiertos de rebeldía, para una adolescente privilegiada socialmente, de familia conservadora, de la segunda mitad del siglo XIX colombiano, ninguna de estas salidas era una posibilidad; el único camino era el de la religión católica.

En el siglo XIX, el matrimonio definía el destino de una mujer de la clase social y de la edad de Margarita Caro, más aún cuando era la única mujer entre los hijos y cuando sus recursos económicos no eran muy altos. Si bien en el dactiloscrito no aparece la narración de los días en los que la familia Caro Tobar se resuelve a aceptar la propuesta matrimonial de Carlos Holguín, según el diario publicado, esta aceptación se da a raíz de

⁹ El protocolo demandaba que la mujer solo expresara su enamoramiento, luego de que hubiera una declaración amorosa por parte del hombre.

¹⁰ Salvo que se especifique lo contrario, todas las entradas citadas o referidas son del dactiloscrito “Diario de Margarita Caro”, que se encuentra en la Caja 6 del FHC.

la profunda congoja que evidencia Carlos al recibir la negativa de Margarita y que produce la reacción de Blasina a favor de Carlos y la retractación de su hija. No obstante, el dactiloscrito termina con la noticia sobre la ruina de la familia y no es atrevido sospechar acerca de cómo este hecho influyó en las dos vías: en Carlos, para ratificar su amor desinteresado por Margarita y, en la familia de Margarita, para flexibilizar sus reconvenciones hacia Carlos.

El sufrimiento de Margarita y su expresión en el diario se relacionan con la tradición decimonónica (de origen español y francés) de los diarios espirituales (en los que se realiza un examen de conciencia) de las “personas del común” (Lejeune, 2009: 63) y, específicamente para las mujeres, el modelo fue la autobiografía religiosa (Bolufér, 2016), en la que sobresale en las autoras la sensación de tristeza y culpa “de ser mujeres imperfectas, que a menudo ofenden a Dios con sus pecados y su ingratitud y que por ello provocan y merecen todos los males que les acontecen” (Finestrat, 2023: 298). En la tradición autobiográfica colombiana, el diario de Margarita guarda relación con el relato de Sor Francisca Josefa del Castillo: *Mi vida*, publicado por primera vez en 1817, aunque escrito en el siglo XVIII. En *Mi vida*, también aparece la culpa como una emoción redundante, la percepción de no ser lo suficientemente buena cristiana. Asimismo, Sor Francisca Josefa del Castillo se refiere a su debilidad respecto a sus pasiones y a la práctica espiritual de los “ejercicios”. Estos dos elementos también aparecen en el diario de Margarita Caro y quiero detenerme en ellos un momento, porque ambos definen buena parte del régimen emocional (católico) (Ardila, 2021) y de la historia política de la segunda mitad del siglo XIX en Colombia.¹¹

Los “ejercicios” se refieren a los ejercicios espirituales ignacianos (propuestos por San Ignacio de Loyola) de la tradición jesuita, que propician el conocimiento interno y “la transformación de la persona por medio de la transformación de la afectividad” (Avilés, 2017: 523). Los Caro fueron muy fieles a esta orden religiosa (como lo fueron los conservadores de la época) y esta fidelidad la establecieron –a la par de la llegada de los liberales al poder hacia mediados del siglo XIX– como un símbolo político, pues los “rojos” propugnaban por expulsarla (y, en general, separar la Iglesia católica del Estado) y, de hecho, lo hicieron en varias ocasiones.¹² La cuestión jesuita dividió aún más a los dos partidos políticos y profundizó el extremismo ideológico de la época del llamado Olimpo Radical (1867-1878) (Jaramillo, 2024). En el sentido espiritual, los ejercicios ignacianos

¹¹ La revisión de la “Autobiografía de doña Josefa Acevedo de Gómez” (escrita en 1861, pero publicada en 1910) evidencia la presencia de algunos elementos de los diarios de Margarita Caro: la percepción de no tener suficiente fe o piedad, de ser débil y estar por ello propensa a cometer faltas, la resistencia de su madre (también viuda, como la de Margarita) a que escribiera en su diario, porque rechazaba “la ostentación del sentimiento” (Acevedo, 2010: 147) y la elaboración de un manuscrito sobre la expulsión de los jesuitas. Acevedo de Gómez (1803-1861) se sentía cercana a los “principios liberales”, aunque no a “las leyes reformadoras de esta última época” (Acevedo, 2010: 150), es decir, no al liberalismo radical que comenzó a manifestarse hacia mediados del siglo XIX; me interesa señalar esta característica de Acevedo porque demostraría que el régimen emocional católico de la época constreñía por igual a las mujeres (de las élites políticas o letradas), sin diferenciar su orientación ideológica. No obstante, si la mujer nacía en familia conservadora, como Margarita Caro, este régimen podía sentirse de manera mucho más opresiva.

¹² Una de ellas fue en 1861. Margarita Caro escribió una carta y un diario (“Cuatro renglones en recuerdo de los Padres de la Compañía de Jesús”) expresando su indignación por este hecho (Caja 44, FHC). No es una excepción, pues muchas mujeres bogotanas y de otras ciudades, pertenecientes a la élite, también expresaron por escrito, ante las autoridades, su descontento por este hecho (Cortés, 2003).

son una vía espiritual ascética, cuyo objetivo es el olvido de sí, a través de advertir sobre los peligros del orgullo y la autoindulgencia (Lejeune, 2009). La expresión de las pasiones iba en contra de ese olvido de sí.

En los siglos XVIII y XIX, pasiones era la denominación usada para referirse al campo de la emocionalidad (López, 2024) y se concebían como desórdenes (Bolufer, 2016). Si bien desde la familia, la educación y la religión se buscó ejercer control sobre las pasiones, ese control fue mayor sobre las mujeres, pues se pensaba que eran más débiles ante aquellas (Bermúdez, 1993), debido a la definición de un modelo de “naturaleza femenina” que postuló la “disposición natural a la sensibilidad, la maternidad y el sufrimiento. Esto se logró principalmente a partir del establecimiento de un vínculo fisiológico entre el sistema reproductor y el sistema nervioso” (Undurraga, 2016: 404). Por ello, empezaron a circular manuales de comportamiento especialmente dirigidos a las niñas, que las preparaba para el mercado matrimonial, para demostrar su “competencia” consiguiendo novio-esposo (Bermúdez, 1993: 131).

Dentro de este contexto, el amor romántico, apasionado, era peligroso, así que la muchacha debía “orientar su energía libidinal hacia otras formas de amor”, como la caridad, para erradicar el amor-eros y propiciar el amor-ágape (Peluffo, 2020a: 2-4); de allí que sus enamorados les regalaran a las mujeres canarios o plantas. La pasión amorosa se trasladaba a la capacidad (o incapacidad) para cuidar a otros, tal como se presenta en el diario de Margarita Caro cuando ella sufre porque la planta que Carlos le ha regalado se ha marchitado (28 de julio de 1868). En Margarita Caro, el sufrimiento “pagano” se transforma en sufrimiento religioso para encapsular y sublimar la pasión amorosa, que no era bien vista en la sociedad de la época; es esto lo que define la “escritura cautelosa” de Margarita Caro, quien en un único momento del diario escribe: “A veces me provoca tener un lugar secreto en donde llorar a gritos. Disimulo sin embargo porque haría muy mal en mostrar lo que siento; pero sentirlo no está en mi mano” (25 de mayo de 1868).¹³

Las entradas tachadas en el diario se refieren, en segundo lugar, es decir, en menor medida, a aspectos de la relación con Carlos Holguín. De hecho, de las entradas tachadas en el dactiloscrito e incluidas en la edición de 1953, todas están relacionadas con Carlos Holguín y aspectos de la vida familiar; solo una entrada se refiere al “mal” comportamiento de Margarita Caro delante de Carlos, porque expresó demasiado su emoción y su mamá la regañó: “Verdaderamente soy una loca” (18 de mayo de 1868), escribe Margarita. Esto demuestra que la edición de 1953 también cuida la imagen de “matrona cristiana” de Margarita Caro de Holguín, pero asimismo que para ese momento ya estaba bien visto contar algunos detalles de la relación de Margarita y Carlos, antes de su matrimonio. También demuestra que el principal objetivo de Margarita Holguín, junto con resaltar la virtud cristiana de su madre, era presentar el diario de Margarita Caro como el diario de la relación de noviazgo de sus padres.

Entre los detalles que aparecen en la edición de 1953 sobre esta relación, se encuentran los primeros registros de la contradicción emocional de Margarita por la des-

¹³ Esta entrada no aparece en los diarios editados.

cortesía que empieza a mostrar la familia hacia Carlos y su primera (y única) decisión de no abandonar algo que la hace feliz, hasta no convencerse por sí misma de que es malo (25 de agosto de 1867); también está el registro de los celos que siente Margarita en una ocasión y la petición de Carlos de que rebaje a tres los seis meses que le habían fijado para darle respuesta a su propuesta matrimonial.

Las entradas tachadas sobre este aspecto, que no aparecieron en ninguna de las dos ediciones nos muestran un pudor por resguardar la imagen de perfección romántica en la relación de los padres de Margarita Holguín. De allí que no aparezcan los registros sobre los reclamos de Margarita ante Carlos por hablar de ella (sin estar presente) con su amiga en común: María Luisa y por mostrarle su declaración de amor a dos conocidas de Margarita (cuando Carlos le había dicho que no lo haría); la expectativa hacia Carlos para que le demuestre un trato especial (como el que le expresa en las cartas) y no frío; los comentarios de su madre acerca de que Carlos no la merece; la opinión (condescendiente) de Margarita acerca de que Carlos puede jugar tresillo en la noche y ser un buen trabajador en el día en su periódico (*La Prensa*) y en el Congreso, opinión tan contraria a las pruebas sobre este asunto a las que Carlos deberá ceder para poder tener una respuesta afirmativa a su propuesta matrimonial.

El resto de entradas tachadas y omitidas en ambas ediciones refieren aspectos de la vida familiar que quizá resultaba mejor mantener en la intimidad, para no afectar el buen nombre de algunas personas; se trata del enamoramiento de Miguel Antonio por Virginia (al parecer, una prima) con la que pensaba casarse, pese a la oposición de su familia,¹⁴ y el registro de la salida de Eufemia (prima de Margarita) de la casa, en circunstancias que (al parecer) iban en contra del honor familiar. Hay, además, otras entradas tachadas y omitidas en ambas ediciones que nos permiten conocer aspectos de la personalidad de Margarita, como algunas de sus lecturas (a las que me referiré en el siguiente apartado), su admiración por San Luis Gonzaga,¹⁵ la expresión de su lealtad a una amiga de la familia (María Jesús Restrepo), al no querer ir a un baile, porque ella estaba agonizando y su opinión sobre las clases populares, expresada al visitar la panadería que era propiedad de Zoila Cabrera, en la que las define como “esa última clase de la sociedad en donde no han penetrado los gustos y costumbres de nuestra civilización, cuyas aspiraciones parecen tan limitadas, allí mismo las malas pasiones tienen su imperio y les arrebatan toda su felicidad” (25 de diciembre de 1867).

Esta definición es importante porque explica, en buena parte, esa necesidad de controlar las pasiones en la clase social a la que Margarita tenía tanta conciencia de pertenecer: si no se aprende el autocontrol, se será igual a esa “última clase” de la sociedad, a la que se imaginaba en constante “descontrol emocional” y cuya percepción solo obedece a la necesidad de crear enemigos internos o externos, para depositar “las emociones negativas [o prohibidas] que el sujeto dominante quiere expulsar de su subjetividad” (Peluffo,

¹⁴ Miguel Antonio Caro se casa en 1872 con Ana de Narváez.

¹⁵ También jesuita, hijo de una familia privilegiada, ante la que debe defender su vocación por ser el primogénito; muere a los 23 años.

2020b: 116). Es lógico que esta entrada no fuera incluida en el diario editado, pues la ex primera dama se había destacado durante la presidencia de Carlos Holguín por tomar “a su cargo la administración de la misericordia” (Gómez Restrepo, 1925: 15), es decir, por las obras de caridad con los pobres, esas personas con quienes se busca la diferenciación social, pero por quienes se demuestra compasión a través de la caridad; de esta manera, se cumple con el ejercicio de la piedad cristiana y, al mismo tiempo, se reafirma la superioridad social (Peluffo, 2020a).

Por último, hay un pequeñísimo grupo de entradas tachadas y omitidas en ambas ediciones (las que estarían en último lugar por su poca cantidad) que se relacionan con repeticiones de información (rutinas de Margarita: leer, escribir, bordar, tocar piano, ir a misa o a comulgar, hacer y recibir visitas) o con entradas en las que ella consigna que no ha sucedido nada importante.

Para concluir esta parte del análisis de las ediciones del diario y del dactiloscrito, quiero referirme al resto de entradas omitidas (y no tachadas) en las ediciones y a las omisiones y cambios que se hicieron en partes de otras entradas. Aparte de lo dicho en los párrafos anteriores y que se reitera en estas entradas, la diferencia es que estas omisiones y cambios tienen que ver (además de los cambios de fechas e información que no se considera de importancia para el relato), sobre todo, con la imagen de Margarita Caro como una mujer con una opinión muy clara sobre varios aspectos;¹⁶ en ellos, no encontramos rastro de su angustia o de su tristeza, sino a una mujer que enuncia su palabra con seguridad y que cuenta con una amplia formación como lectora de libros y de periódicos.

La casa de la familia Caro Tobar era un lugar de tertulia constante a donde acudían varios de los intelectuales más importantes de la época; esto, sobre todo, por las relaciones familiares y personales de Tobar Serrate y de Miguel Antonio. En el momento del diario, Margarita recibía continuas visitas (y hasta altas horas de la noche) de Carlos Holguín, de Jorge Isaacs (muy cercano a la familia Holguín, oriunda del Valle del Cauca),¹⁷ los Mallarino (emparentados con los Holguín) y de José María Vergara y Vergara. En el dactiloscrito se registra la participación de Margarita Caro en la revisión de las pruebas de *María* (la novela canónica de Jorge Isaacs) y en el diario editado se añade un énfasis sobre esta participación: “Por cierto que de un modo importantísimo” (5 de marzo de 1867, edición de Antena, 1942). Seguramente, con el paso del tiempo y con la conversión de la novela de Isaacs en un clásico de la literatura colombiana, Margarita Holguín quiso destacar la participación de su madre en la edición de *María*. Sobre Isaacs aparece un cambio en otra entrada, pues Margarita Caro escribe que los versos que le escribió en su álbum le parecen una “pamplina” de un “romanticismo insulso”, pero le agradece el gesto de delicadeza de encabezarlo con un verso de su padre;¹⁸ en la edición de 1942, omiten la entrada y en la de 1953, la cambian de fecha y

¹⁶ Sabemos por estas entradas que su distracción favorita era montar a caballo.

¹⁷ Por el diario, sabemos que Isaacs frecuentaba la casa de Margarita desde 1866, por invitación de Miguel Antonio Caro, para escuchar sus traducciones de Virgilio (10 de agosto de 1867).

¹⁸ José Eusebio Caro fue uno de los más destacados representantes del romanticismo en Colombia.

cambian también dos palabras: pamplina por “cosita” e insulso por “demasiado” (14 de julio de 1867, edición de ICC, 1953). Se trata, claramente, de resaltar la presencia de Isaacs en la casa de los Caro, pero aminorando los efectos de la crítica hacia uno de los escritores más canonizados del país.

En la misma vía, encuentro el cambio de la opinión de Margarita sobre los libros de “costumbres granadinas”; en el dactiloscrito aparece la frase “no me gustan” (refiriéndose a una conversación que escuchó en su casa sobre *Manuela*, de Eugenio Díaz), pero en las ediciones del diario se cambió a “no sé por qué no me gustan” (14 de abril de 1867, edición de Antena, 1942), que también aminora el juicio sobre un género literario con mucha tradición en el país. Igualmente, aquí ubico la entrada omitida en las ediciones sobre la publicación de un artículo de prensa de autoría de Holguín sobre Vergara y Vergara, escrito con “gracia e ironía” y por el que Margarita no podía parar de reír al leerlo en voz alta (15 de febrero de 1867); esta omisión quizá se debe también al respeto asociado a la figura de Vergara y Vergara en la vida literaria colombiana. Lo interesante de estos cambios es mostrar a una Margarita Caro que tenía y enunciaba (al menos en su diario) una opinión contundente sobre autores y géneros (y personas que visitaban la casa), por más cercanos y familiares que fueran para ella en ese momento, y que contrasta con (y complementa a) la mujer insegura refugiada en la religión para paliar las angustias del corazón.

Este contraste también es evidente cuando, en una de las entradas omitidas en ambas ediciones, se refiere a una charla dada por un sacerdote que le pareció “ridícula” porque hablaba de las modas, en lugar de hablar sobre los “deberes” (6 de noviembre de 1867) y cuando enuncia su opinión sobre el matrimonio. Si bien la crítica al sacerdote es la única que aparece en el dactiloscrito sobre algún aspecto religioso, es una muestra más de la claridad en las opiniones de Margarita, inclusive en este tema; lo mismo sucede con sus reflexiones sobre el matrimonio. Estas son las únicas entradas (ambas omitidas en las ediciones del diario) en las que podemos observar una opinión de Margarita sobre la situación de la mujer en la sociedad (no sin que desaparezca el elemento religioso católico): “[Refiriéndose a su amiga Paca] Va a dar un paso que decidirá su existencia. ¿Feliz o desgraciada: quién puede decidir lo que será?” (18 de junio de 1867). Luego del matrimonio y de la visita a su amiga recién casada, Margarita escribe que siente desilusión porque no la percibe del todo feliz: “Todo el amor que siente y que sienten por ella no basta a saciar su alma. Dios mío qué triste” (26 de junio de 1867). Aquello que decide la existencia de una mujer (de la época) no alcanza para satisfacerla, por más buenas condiciones en las que se realice.

En una carta a su hermano Eusebio del 11 de enero de 1871, Margarita Caro le escribe: “Mi carácter que tú conoces bien, no tiene mucha facilidad para ver generalmente el lado alegre de la vida” (Caja 1, FHC). En el diario, percibimos casi todo el tiempo este carácter de Margarita que la religión católica alimenta, a través de las emociones de sufrimiento, culpa y vergüenza, mucho más en la situación de angustia amorosa que atravesó durante los años de escritura de este diario.

2. Llevar un diario en el siglo XIX

La vida de las mujeres de la élite (política y letrada) bogotana de la segunda mitad del siglo XIX era menos aburrida y más divertida y llena de ocupaciones de lo que muchas veces nos imaginamos; Margarita Caro, además de ocupar su tiempo en actividades en el interior de su casa (leer, escribir, bordar, tocar el piano, orar, atender visitas y tertulias en las que recita versos, canta y toca el piano), también tenía a su disposición diversas actividades afuera como ir a la iglesia, hacer visitas, montar a caballo, hacer caminatas por la ciudad o por sus alrededores (el Cerro de Guadalupe, por ejemplo), ir a espectáculos (teatro, ópera, “caballitos”) o a cenas y bailes.

Pese a que Margarita refiera en su diario la práctica diaria de la lectura y la escritura, las muchas actividades cotidianas, unidas a la dificultad para una mujer de la época de poder disfrutar de su soledad (por estar dedicadas siempre a atender a otros), de un espacio y tiempo propios, hacían que la escritura, fuera de las cartas personales o de la familia y de los libros de cuentas, se convirtiera en un acto para el que quedaba poco tiempo. Escribir era posible si había alfabetización, si se tenía acceso a los materiales de escritura: el papel (que era muy caro en la época), la pluma, la tinta, las pautas, el polvo para el secado (marmaja) y, si era de noche, velas; también si se habían desarrollado ciertas habilidades: acomodar el papel en las pautas para escribir de manera recta, cortar la pluma, coger la pluma, tener una buena caligrafía, realizar el secado para evitar manchas en el papel y en la ropa.¹⁹ En el caso de las mujeres, escribir también significaba vencer el miedo y la vergüenza frente a aquellos hombres que las iban a juzgar duramente o asumir la “diminutio personae”, de la herencia cristiana de las confesiones, el argumento “de quienes saben que no están autorizadas a hablar” (Arriaga, 2001: 77) y se asumen “inferiores”, como estrategia discursiva para no resultar tan desafiantes frente a los hombres y ser aceptadas por ellos.

En este contexto, llevar un diario era un lujo, si bien era una actividad extendida en ese momento y para la clase social de Margarita Caro,²⁰ más aún si era educada con preceptores en casa (Lejeune, 2009), como tal parece que fue su caso. En buena parte, llevar un diario se convirtió en una práctica escritural que se recomendaba para realizar un constante examen de conciencia, aunque no dejaba de generar sospecha por ser una actividad íntima sobre la que no se podía ejercer total vigilancia o control; en la entrada del 9 de abril de 1868, por ejemplo, Margarita escribe que a su mamá no le gusta mucho

¹⁹ Aún en 1893, Miguel Antonio Caro les recomienda a sus hijos en una carta conseguir “buenas plumas de ave” (Holguín, 1942: 192). En su diario, Margarita habla varias veces de “coger la pluma” y, por las anotaciones, sabemos que algunos cuadernos están escritos a lápiz. Estos datos me permiten afirmar que la pluma de ave y el lápiz fueron los instrumentos de escritura usados por Margarita Caro en esta segunda mitad del siglo XIX colombiano. Según Dorothy Tanck (1997), en Hispanoamérica, es después de la Independencia que se empieza a usar el lápiz de grafito; la pluma de ave se usaba desde antes.

²⁰ Como resultado de su investigación sobre diarios en Francia, Lejeune (2009) cuenta que, desde finales del siglo XVIII, las jóvenes solían llevar diarios y que, desde 1860, las familias solían publicarlos total o parcialmente, es decir que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, hubo un circuito editorial para los diarios, como lo demuestra el hecho de que Margarita Caro refiera la lectura de uno muy leído en la época (según la misma investigación de Lejeune): *Le récit d'une soeur*, de Augustus Craven (Caja 44, FHC).

verla con el diario, quizá también porque escribir la distraía de otras obligaciones más “útiles” para la casa.

El diario de Margarita Caro es rico en anotaciones sobre llevar un diario. Para Phillipe Lejeune, el diario puede cumplir cuatro funciones (una o varias de ellas al mismo tiempo): expresar, reflexionar, congelar el tiempo y ser un laboratorio escritural (Lejeune, 2009). De acuerdo con ellas y con los comentarios de Margarita sobre su diario, considero que en este confluyen las tres primeras y esto porque, aunque en varios momentos perciba en Margarita la conciencia de una escritura que quiere ser, más que diarística, también literaria, esta no es la conciencia que organiza todo el diario; la que predomina en él es la primera función y las dos siguientes la complementan. Lejeune explica que expresar obedece a la necesidad de escribir como una forma de liberar algo, a partir de ponerlo fuera de sí mismos; en ese sentido, la escritura purifica (Lejeune, 2009).

Margarita escribe en su diario que “de tiempo acá observ[a] que pued[e] juzgar más claramente de [sus] impresiones y sentimientos cuando h[a] estampado las cosas que los producen en el papel” (28 de junio de 1868) y esto le permite comprender más fácilmente “en qué deb[e] enmendar[s]e, qué propósitos hacer, etc.” (27 de diciembre de 1867). No es, pues, una escritura ociosa, sino un ejercicio que acompaña la práctica espiritual, orientada por la moral cristiana que, precisamente, “combate, condenándolos como pecados, hábitos vinculados al derroche y a la ociosidad” (Piñol, 2007: 67). De hecho, la disminución del número de entradas del año 1868 (casi la mitad, respecto al año anterior) obedece a esta utilidad de la escritura: no perder el recurso tan valioso del tiempo escribiendo vanamente, sino solo los sucesos notables (27 de diciembre de 1867). La confirmación de esta función la podemos ver en el hecho de que Margarita relea periódicamente su diario, especialmente, al final de cada año. Adicionalmente, Lejeune (2009) afirma que esta función expresiva predomina en los diarios “adolescentes”, aquellos que se detienen en el umbral de una gran historia de amor o de un compromiso definitivo, tal como es el caso del diario de Margarita Caro.

Lejeune también habla acerca de la sinceridad de quien escribe un texto autobiográfico; él no la define como “una virtud, sino como una estrategia. Un efecto” (1999: 62). En su diario, Margarita Caro escribe que su cuaderno va a ser su “confidente” y que “como siempre h[a] escrito con la mayor sinceridad” (27 de diciembre de 1867); sin embargo, sabemos que esa sinceridad resulta del efecto de la “escritura cautelosa”, que se sabe vigilada: Margarita es sincera, pero no escribe todo lo que quisiera ni como quisiera escribirlo. Ella debe ejercer un control sobre sus emociones y sublimar la pasión amorosa a través de la piedad cristiana; por ello, más allá de que a veces no tenga tiempo para escribir o sienta que no tiene nada que poner en el papel, porque pareciera que no ha sucedido nada diferente, la escritura no alcanza realmente a ser su confidente y no le da consuelo, así como muchas veces el sufrimiento en demasía no le permite escribir. De allí que Margarita afirme: “Si me pusiera a copiar todo lo que pasa en el interior de mi alma, sería esto en ocasiones demasiado largo y una tarea superior a mis fuerzas” (24 de septiembre de 1867). No obstante, la escritura ayuda a mitigar la soledad que siente,

pues esa demanda social de control emocional también la lleva a ser muy reservada, a no compartir las angustias con nadie, por miedo a fastidiar o a afligir a otros (30 de agosto de 1869, edición de Antena, 1942). Al final del diario (editado), Margarita expresa su deseo de mostrárselo a quien será su esposo, pero rápidamente se arrepiente: “Siempre es mejor tal vez callar y esperar en todo la Misericordia de Dios” (30 de agosto de 1869, edición de Antena, 1942).

3. Ser una mujer “privilegiada” en el siglo XIX

En su artículo “Pensar el siglo XIX desde los afectos”, Ana Peluffo (2020a) propone leer este siglo fuera de las dicotomías en las que ha sido organizado por la mayoría de los académicos y académicas que lo han abordado: civilización/barbarie, masculino/femenino, público/privado, liberal/conservador, letrado/analfabeto, local/global, campo/ciudad, tradición/modernidad. Creo que esta es una manera precisa de definir lo que he podido comprender al entrar en contacto con el diario de Margarita Caro Tobar. Esa limitada visión del siglo XIX ha impedido acercarse a una época muy dinámica, en buena parte, porque hemos desechado “un corpus no canónico pero fundamental para el análisis de la historia cultural” (Fernández, 2015: 17), como son los diarios y, en general, las escrituras autobiográficas o personales, que demuestran, por un lado, que “la escritura femenina formaba parte de la vida íntima familiar” de la burguesía (Fernández, 2015: 34), es decir, que la escritura de las mujeres no era una práctica excepcional, como tantas veces se la ha querido mostrar; y por otro, que la esfera pública no constituye un campo independiente de la esfera doméstica o íntima, pues la casa es el crisol de todos los acontecimientos del afuera y es en este afuera donde repercute también el orden doméstico.

En relación con los roles masculinos y femeninos, el diario me permite ver que la cuestión emocional no era un asunto femenino, sino que se determinó la represión de ciertas emociones para las mujeres y de otras para los hombres en público. La política y el patriotismo fueron ámbitos en los que estaban permitidos la demostración de las emociones exaltadas para los hombres y, en el caso del patriotismo, también para las mujeres. También para ellas, el ámbito religioso católico permitió expresar emociones exaltadas y transmutar emociones humanas que no estaban bien vistas, como la pasión amorosa transformada en la emoción divina de la devoción cristiana. Esto fue posible ya que, en el siglo XIX convivió la devoción barroca (exaltada, proveniente de la mística) y la devoción ilustrada (moderada, ascética) (Aceves, 2018). No obstante, en el ámbito íntimo, los hombres se atrevían a mostrar los sentimientos que no eran aceptados en el ámbito público y es también allí en lo íntimo que las mujeres tenían la posibilidad de desahogar las emociones exaltadas que no les permitían expresar frente a nadie.

El diario de Margarita Caro Tobar también me posibilitaron entender la oposición entre liberales y conservadores como formas de curar el trauma de la Conquista y la Colonia. Cada grupo sostuvo una serie de ideas acerca de qué era lo mejor para la nascente república y esa búsqueda derivó en continuos procesos de ensayo y error que fueron

no solo acentuando las diferencias entre los partidos (y homogeneizando las formas de enfrentamiento), sino produciendo divisiones internas entre ellos. La religión católica, por haber estado más presente en la cotidianidad de las personas, fue la cuestión que produjo más divergencias entre ambos partidos. El individuo patriótico, guiado por los principios cristianos, fue el ejemplo más aceptado de nacionalismo y desde él se procuró construir la identidad nacional. El diario de Margarita Caro, sin embargo, da a entender que lo que más anhelaban los y las colombianas de la época era un orden, una estabilidad gubernamental; Margarita defiende el “gobierno legítimo”, no a uno liberal o conservador, sino las instituciones que organizan la vida de la nación y permiten que se instaure una cotidianidad ordenada para todas y todos.

Resulta interesante anotar que la conciencia, expresada por Margarita en el diario, de asumirse como parte de una clase social que está por encima de las clases populares, me permite afirmar que quizá las dicotomías de racialización fueron las menos móviles de este período; pobres, “indios y negros” (los subalternizados) fueron objeto de prácticas de exclusión, prejuicios y enjuiciamientos a partir de lo clasificado como incivilizado.

El comportamiento de Margarita Caro me permite entender aquello de que el “mayor control para el fiel cumplimiento de las normas morales era sobre las damas de la élite” (Bermúdez, 1993: 11). Margarita, para ingresar en el mercado matrimonial, debió adaptarse al modelo de mujer de la época para la élite; eso la obligó a hacer transformaciones radicales en su gestión emocional, específicamente, erradicar las emociones asociadas a la indignación y la rabia, y concentrar la expresión de su emocionalidad en la culpa y la vergüenza, emociones que aún hoy siguen siendo predominantes en la emocionalidad de las mujeres y que encarnan la interiorización de la dominación de un género (el masculino) sobre otro (el femenino). En este punto, estoy de acuerdo con lo que afirma Lejeune acerca de que el movimiento feminista ha prestado más atención a las militantes del feminismo y a sus representantes más prominentes, pero no ha hecho lo mismo con las mujeres “víctimas”, más o menos obedientes del sistema (Lejeune, 2009: 134). Sé que mi afirmación puede ser problemática, pero el caso del diario de Margarita Caro demuestra que analizar las dinámicas de dominación en aquellos que se someten a ellas de manera aparentemente más dócil, en aquellos mejor cooptados por el sistema dominante, permite examinar mejor las estrategias empleadas con el ánimo de rastrear su raíz y las consecuencias en la sociedad de entonces y de ahora.

Aunque lo que predomina en el diario es la autocensura, el análisis de las diferencias entre el dactiloscrito y los diarios editados me permitieron concluir que, pese a que Margarita Holguín procuró cuidar la imagen de ex primera dama de la nación de su madre, aún es perceptible en varias entradas la presencia de una mujer con una visión muy crítica frente a diversos aspectos de la sociedad en la que se movía; allí podemos ver la estrategia del disimulo, que ha permitido a muchas mujeres de todas las épocas mantener un resquicio de libertad en medio de la dominación.

En el caso de Margarita Caro es evidente que, además de la Iglesia católica y de la conciencia de clase, en su transformación emocional influyó el “moderantismo impe-

rante” de la segunda mitad del siglo XIX, a través del cual las mujeres fueron “objeto de campañas de disciplinamiento”, que buscaban edificar su moral para que fueran un piso estable sobre el cual consolidar la nación, luego de la caída del antiguo régimen (la Corona española, en nuestro caso) y las explosiones revolucionarias (Plebani, 2022: 126, 344). Las mujeres, en el ámbito doméstico, sostenían el orden imposible en el afuera, educando a los futuros ciudadanos. De allí que el momento del cortejo amoroso y el compromiso matrimonial se convirtieran en un rito de paso extremadamente importante para estas mujeres antes de, como afirma Margarita Caro en su diario, dar el paso que definía su existencia. El “moderantismo” del momento implicaba domesticar el amor apasionado y convertirlo en una decisión más racional y conveniente, de acuerdo con el fin del matrimonio y la familia como sostén de la república; lo que vemos en el diario de Margarita Caro es el paso del amor apasionado (el de José Eusebio por su madre Blasina) al amor romántico, en el que no desaparecen los “impulsos del corazón” (Dueñas, 2014: 304), pero se sometía al cálculo por ser una decisión para toda la vida. Margarita Caro no renuncia a casarse con un hombre que sienta verdadera pasión por ella, pero es solo al tener seguridad de esa pasión que puede expresar la suya que, sin embargo, estará sometida a la aprobación de la familia y al examen del carácter y la buena reputación del novio.

Referencias:

Fuentes primarias

Fondo Holguín y Caro. Cajas 1, 6 y 44. Bogotá: Biblioteca Rivas Sacconi, Instituto Caro y Cuervo.

Cromos (1925). “De Cromos”. En VVAA. *Margarita Caro de Holguín. 10 de junio de 1848. 26 de abril de 1925*. Bogotá: Imprenta de J. Casís (pp. 25-28). Fondo Holguín y Caro. Caja 6.

Gómez Restrepo, Antonio (1925). “El Nuevo Tiempo, abril 29”. En VVAA. *Margarita Caro de Holguín. 10 de junio de 1848. 26 de abril de 1925*. Bogotá: Imprenta de J. Casís (pp. 14-16). Fondo Holguín y Caro. Caja 6.

Holguín, Margarita (1942). *Los Caros en Colombia. Su fe, su patriotismo, su amor*. Bogotá: Antena.

Holguín, Margarita (1953). *Los Caros en Colombia. Su fe, su patriotismo, su amor*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Saavedra Galindo, José M. (1925). “Cali, abril 28 de 1925”. En VVAA. *Margarita Caro de Holguín. 10 de junio de 1848. 26 de abril de 1925*. Bogotá: Imprenta de J. Casís (pp. 24-25). Fondo Holguín y Caro. Caja 6.

Suárez, Marco Fidel (1925). “El sueño del doctor Tovar”. En VVAA. *Margarita Caro de Holguín. 10 de junio de 1848. 26 de abril de 1925*. Bogotá: Imprenta de J. Casís (pp. 8-9). Fondo Holguín y Caro. Caja 6.

Zuleta, Eduardo (1925). “La Opinión, mayo 7 de 1925”. En VVAA. *Margarita Caro de Holguín. 10 de junio de 1848. 26 de abril de 1925*. Bogotá: Imprenta de J. Casís (pp. 31-32). Fondo Holguín y Caro. Caja 6.

Fuentes secundarias

Acevedo, Josefa (2010). “Autobiografía de Doña Josefa Acevedo De Gómez”. *Lingüística y Literatura*, 58, 145-151. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=476548732015>

Aceves Ávila, Roberto (2018). “La continuidad de las devociones barrocas coloniales en la Guadalajara del siglo XIX (Zapopan y El Refugio)”. *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 68, 39-76. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-719X2018000200039

Acosta, Soledad (2004). *Diario íntimo y otros escritos*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

- Alzate, Carolina (2005). "El diario íntimo de Soledad Acosta de Samper: configuración de una voz autorial femenina en el siglo XIX". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 62, 109-123.
- Alzate, Carolina (2006). "El diario epistolar de dos amantes del siglo XIX. Soledad Acosta y José María Samper". *Revista de Estudios Sociales*, 24, 33-37. <http://journals.openedition.org/revestudsoc/21807>
- Alzate, Carolina (2023). "Exilio y afectos de fin de siglo. Soledad Acosta en París y su República femenina de las letras, 1890-1896". *Cuadernos de Literatura*, 27, 1-13. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl27.cafs>
- Amaro Castro, Lorena (2018). *La pose autobiográfica. Ensayos sobre narrativa chilena*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Ardila, Javier Ricardo (2021). "El dolor que inclina a la melancolía religiosa y al amor de Jesucristo: versos fúnebres en la reconversión de José Manuel Groot al catolicismo (1842-1852)". *Historia y Espacio*. Vol. 17, núm. 57, 41-74. Doi:10.25100/hye.v17i17.10655
- Arriaga Flórez, Mercedes (2001). *Mi amor, mi juez. Alteridad autobiográfica femenina*. Barcelona: Anthropos.
- Avilés, Mauro Rodrigo (2017). "Los ejercicios espirituales de San Ignacio: prefigura de una nueva modernidad". *Revista PUCE*, 104, 523-542. <https://www.revistapuce.edu.ec/index.php/revpuce/article/view/80>
- Bermúdez, Suzy (1993). *El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo Radical*. Bogotá: Uniandes-ECOE Ediciones.
- Bolufer Peruga, Mónica (2016). "En torno a la sensibilidad dieciochesca: discursos, prácticas, paradojas". En Ma. Luisa Candau Chacón (ed.). *Las mujeres y las emociones en Europa y América: siglos XVII-XIX* (pp. 29-56). Santander: Editorial Universidad de Cantabria.
- Cortés Guerrero, José David (2003). "La expulsión de los jesuitas de la Nueva Granada como clave de lectura del ideario liberal colombiano de mediados del siglo XIX". *ACHSC*, 30, 199-238. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/17095>
- Dueñas Vargas, Guiomar (2014). *Del amor y otras pasiones. Élite, política y familia en Bogotá, 1778-1870*. Bogotá: Unal.
- Fernández, Pura (2015). "No hay nación para este sexo. Redes culturales de mujeres de letras españolas y latinoamericanas (1824-1936)". En Pura Fernández (ed.). *No hay nación para este sexo. La Re(d)pública transatlántica de las Letras: escritoras españolas y latinoamericanas (1824-1936)* (pp. 9-58). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

- Finestrat Martínez, Aitana (2023). Sensibilidades religiosas femeninas en España e Inglaterra en el siglo XVI y comienzos del XVII: una mirada a través de la correspondencia privada y las autobiografías. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona. Tesis doctoral. <https://www.tesisenred.net/handle/10803/689670>
- García Villegas, Mauricio (2023). *El país de las emociones tristes. Una explicación de los pesares de Colombia desde las emociones, las furias y los odios*. Bogotá: Ariel.
- Jaramillo Mutis, Diego (2024). ““Ya están aquí los bárbaros”. Los hermanos Arboleda y la reacción conservadora a las reformas liberales del siglo XIX”, En Jorge Iván Cuervo y Diego Jaramillo Mutis (eds.). *Contra la revolución. Pensamiento reaccionario. Una mirada desde Colombia* (pp. 149-174). Bogotá: Ariel-Externado.
- Lejeune, Philippe (1999). “Diario. La sinceridad”. Trad. Amparo Hurtado. *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, 4, 61-65.
- Lejeune, Philippe (2009). *On Diary*. Manoa: University Of Hawai‘I Press.
- López Sánchez, Oliva (2024). “Los giros del giro afectivo: la centralidad de la vida sensible para teorizar lo social. Una lectura en clave latinoamericana”. *Historia y Grafía*, año 31, núm. 62, 263-301. DOI: 10.48102/hyg.vi62.497
- Méndez, Begoña. *Heridas abiertas*. Girona: WunderKammer, 2020.
- Peluffo, Ana (2020a). “Pedagogía de los afectos en los manuales de urbanidad y etiqueta para niñas: 1853-1919”. *Cuadernos del CILHA*, 33, 25-41. https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-96152020000200025
- Peluffo, Ana (2020b). “Pensar el siglo XIX desde los afectos”. *Mora*, vol. 26, n.2, 113-128. https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1853-001X202000200011&lng=es&nrm=iso&tlng=en
- Piñol Alabart, Daniel (2007). “Salud, dinero y amor sobre el papel: usos domésticos de la escritura en Reus (siglos XVIII-XIX)”. En Antonio Castillo Gómez (dir.) y Verónica Sierra Blas (ed.). *El legado de Mnemosyne. Las escrituras del yo a través del tiempo* (pp. 39-54). Gijón: Trea.
- Pizarro, Jerónimo (2012). *La mediación editorial. Sobre la vida póstuma de lo escrito*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- Plebani, Tiziana (2022). *El canon ignorado. La escritura de las mujeres en Europa (siglos XIII-XX)*. Trad. María Teresa D’Meza y Rodrigo Molina. Buenos Aires: Ampersand.
- Salazar, María Angélica (2012). De encajes, sedas y moños: una historia del performance burgués y de la distinción social en Bogotá (1886-1899). Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Trabajo de pregrado. <https://repository.urosario.edu.co/items/b93cbbd1-c96d-4235-bdc5-cb258756b546>

Sierra, María (2015). “Entre emociones y política: la historia cruzada de la virilidad romántica”. *Rúbrica Contemporánea*, vol. 4, núm. 7, 11-25. <https://revistes.uab.cat/rubrica/article/view/v4n7-sierra>

Tanck de Estrada, Dorothy (1997). “La enseñanza de la lectura y de la escritura en la Nueva España 1700-1821”. En Seminario de Historia de la Educación en México. *Historia de la lectura en México* (pp. 49-93). México: El Colegio de México, Project MUSE. muse.jhu.edu/book/74387

Undurraga, Verónica (2016). “De coléricas a nerviosas. Emociones femeninas y sus ejes de comprensión. Chile, 1840-1890”, En Ma. Luisa Candau Chacón (ed.). *Las mujeres y las emociones en Europa y América: siglos XVII-XIX* (pp. 383-410). Santander: Editorial Universidad de Cantabria.